

Jue
5 Abr

Homilía de Jueves Santo

Año litúrgico 2011 - 2012 - (Ciclo B)

“También vosotros debéis lavaros los pies los unos a los otros”

Introducción

¡Jueves Santo! Día pleno de acontecimientos, experiencias, mensajes.... “Día del amor”, pero ¿qué amor? Día de la Eucaristía, pero ¿en qué consiste y qué tiene que ser para nosotros la Eucaristía? Día del sacerdocio ministerial, pero ¿qué es y cómo debe ser el sacerdocio ministerial cristiano?

¡Jueves Santo! Fiesta para mirar, admirar, contemplar, sentirse impresionados, sentirse alcanzados, afectados, incluso heridos y retados por este Jesús que se define como Maestro, Señor y Criado. Como pan entregado y vida derramada. Ofrecido y traicionado. Orante al Padre y confidente de intimidades con sus amigos...

¡Jueves Santo! Primer acto que continúa el Viernes y Sábado y culmina y descubre toda su riqueza y fecundidad en el Domingo de Pascua.

¡Jueves Santo...!



Fr. Francisco José Rodríguez Fassio
Convento de Santo Domingo Ra'kyuéra – Asunción (Paraguay).

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Éxodo 12, 1-8. 11-14

En aquellos días, dijo el Señor a Moisés y a Aarón en tierra de Egipto: «Este mes será para vosotros el principal de los meses; será para vosotros el primer mes del año. Decid a toda la asamblea de los hijos de Israel: “El diez de este mes cada uno procurará un animal para su familia, uno por casa. Si la familia es demasiado pequeña para comérselo, que se junte con el vecino más próximo a su casa, hasta completar el número de personas; y cada uno comerá su parte hasta terminarlo. Será un animal sin defecto, macho, de un año; lo escogeréis entre los corderos o los cabritos. Lo guardaréis hasta el día catorce del mes y toda la asamblea de los hijos de Israel lo matará al atardecer”. Tomaréis la sangre y rociaréis las dos jambas y el dintel de la casa donde lo comáis. Esa noche comeréis la carne, asada a fuego, y comeréis panes sin fermentar y hierbas amargas. Y lo comeréis así: la cintura ceñida, las sandalias en los pies, un bastón en la mano; y os lo comeréis a toda prisa, porque es la Pascua, el Paso del Señor. Yo pasaré esta noche por la tierra de Egipto y heriré a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde los hombres hasta los ganados, y me tomaré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo, el Señor. La sangre será vuestra señal en las casas donde habitáis. Cuando yo vea la sangre, pasaré de largo ante vosotros, y no habrá entre vosotros plaga exterminadora, cuando yo hiera a la tierra de Egipto. Este será un día memorable para vosotros; en él celebraréis fiesta en honor del Señor. De generación en generación, como ley perpetua lo festejaréis».

Salmo

Salmo 115, 12-13. 15-16. 17-18 R/. El cáliz de la bendición es comunión de la sangre de Cristo

¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor. R/. Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles. Señor, yo soy tu siervo, hijo de tu esclava: rompiste mis cadenas. R/. Te ofreceré un sacrificio de alabanza, invocando el nombre del Señor. Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 11, 23-26

Hermanos: Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía». Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 13, 1-15

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando; ya el diablo había suscitado en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, la intención de entregarlo; y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro, y este le dice: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?». Jesús le replicó: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde». Pedro le dice: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le contestó: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo». Simón Pedro le dice: «Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza». Jesús le dice: «Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos». Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios». Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis».

Pautas para la homilía

"Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer" (Lc 22,15). No hay mejor manera que prepararse y vivir esta fiesta que entrando en el misterio de este ardiente deseo de Jesús. Comprenderlo e implicarse hasta el fondo.

Aquella Cena fue un gesto profético: las palabras explicaban las acciones y éstas hacían verdad las palabras. Profético pues se apoyaba en las experiencias que habían suscitado y alimentado la fe de Israel: la liberación de Egipto, el éxodo por el desierto, la promesa de la tierra prometida, los anuncios de los profetas que animaban esa fe en tiempos de incredulidad o prueba. Pero también, más que un gesto profético: era la realización de todas las profecías y promesas: el sueño y proyecto de Dios de establecer una alianza de comunión y amor con cada una de las personas y, a través de ellas, con toda la creación. El tiempo presente y la eternidad como un hogar con un Padre y muchos hermanos que se conocen y se quieren entre sí. Paz y plenitud, alegría y gozo perpetuos. Comprobar que ser hombre no es una "pasión inútil"; que no somos fruto del azar y la necesidad; que la vida tiene sentido y ese sentido nombre propio: el Padre.

En un pueblo hambriento secularmente por tantas carencias, ésa esperanza se expresaba con la imagen de un banquete: abundancia compartida, igualdad de comensalidad, alegría común.

Jesús se había entendido y presentado como el servidor, camarero (diácono) de ese banquete. Desde abajo, desde lo último y con los últimos. Por eso ahora quiere dejar prendida esa realidad total y profunda en la retina del corazón de sus discípulos: les lava los pies. "Yo estoy en medio de vosotros, sí, pero como el que sirve", no como espectador desinteresado de vuestras esperanzas y vuestras luchas, sino ayudando, curando, sosteniendo desde abajo. Sólo si miráis hacia abajo, hacia lo más pobre y necesitado de vuestro mundo y de vuestra persona, me encontrareis; cruzaremos nuestras miradas".

Jesús en esta hora decisiva, cuando le quedan pocas horas de vida, quiere dejarlo claro: en el banquete del Reino, él es el pan y la copa de la nueva Alianza, la definitiva. En el banquete del Reino, él mismo es el servidor. En el banquete del Reino, establece servidores del Reino que unidos a él, ofreciendo su vida como él, puedan ser servidores de sus hermanos.

Este reto, de entrega total, generosa de la propia vida para que todos tengan vida, Jesús lo llevará a cabo en la cruz: "los amó hasta el extremo" (Jn 13, 1) "Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos" (Jn 15,13).

Esta entrega, prometida el Jueves y realizada el Viernes, al parecer fracasada el Sábado (símbolo de todos los "sábados santos" del aparente "silencio de Dios"), se llenará de gloria y eficacia el Domingo. El primer día de la nueva creación. A partir de entonces, cada uno, como Pablo, vive "de la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí" (Gal 2 20).

Ante tanto amor real, concreto, plenamente humano, totalmente divino, el peligro que nos puede arrebatar la riqueza del Jueves Santo es el de rebajar a la medida de nuestros intereses o cobardías su fuerza transformadora. Se puede hacer de varios modos, por ejemplo, convirtiendo la Eucaristía en un mero rito para cumplir, para tranquilizar la conciencia, para solemnizar otras cosas o celebraciones. O también convirtiendo el sacerdocio ministerial, el sacramento que instituye servidores de la Comunidad del Banquete del Reino, en una casta, una profesión, un gueto de selectos, unos que ejercen su ministerio de mala gana y con prepotencia como dueños del rebaño (cf 1Pe 5 1-5)

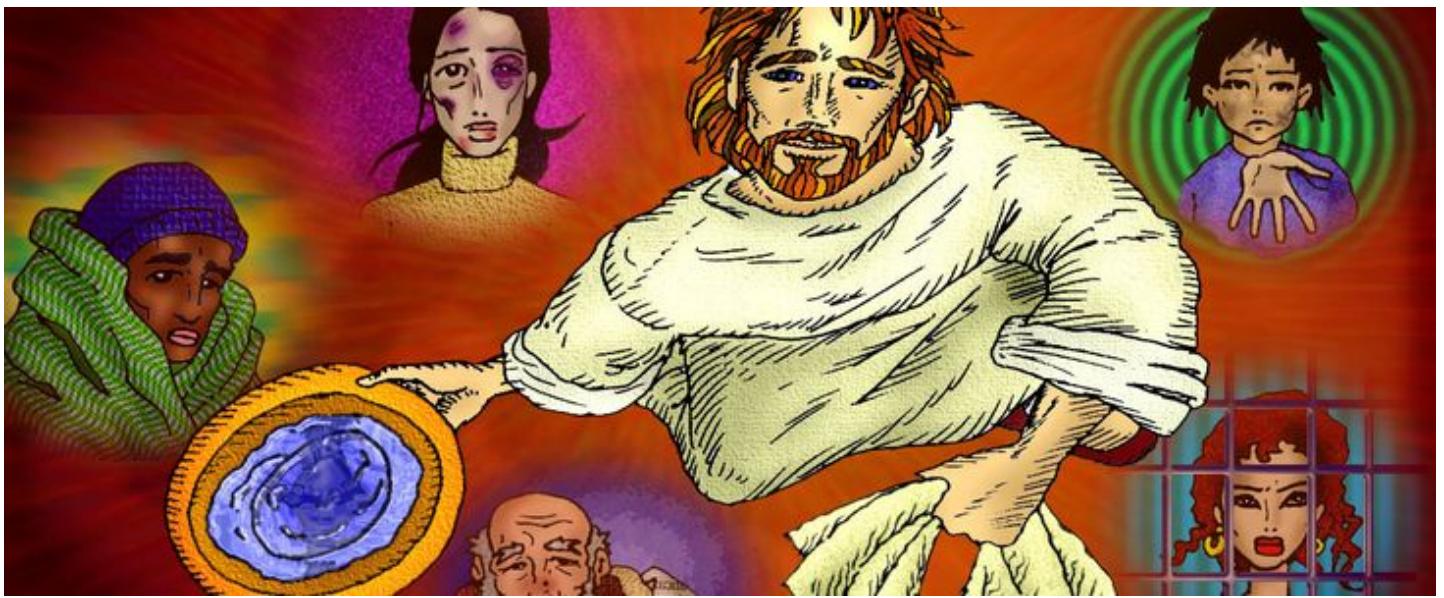
Miremos el Cenáculo, dejemos que nos golpeen la mente, el corazón, la conciencia, lo que ocurre, lo que se dice, lo que se oye. Que Jesús nos contagie de ese deseo ardiente cuando comemos la Pascua con él.



Fr. Francisco José Rodríguez Fassio
Convento de Santo Domingo Ra'kyuéra – Asunción (Paraguay).

Evangelio para niños

Jueves Santo - 5 de abril de 2012



El lavatorio de los pies

Juan 13, 1-15

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando (ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara) y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro y éste le dijo: - Señor, ¿lavarme los pies tú a mí? Jesús le replicó: - Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde. Pedro le dijo: - No me lavarás los pies jamás. Jesús le contestó: Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo. Simón Pedro le dijo: - Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: - Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos. (Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: "No todos estáis limpios"). Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: - ¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis

Explicación

Es un día estupendo para recordar con agradecimiento el gesto que Jesús realizó con sus amigos, durante la cena última que compartió con ellos. ¿Lo recordáis? Se puso una toalla a la cintura, cogió una palangana con agua y les lavó los pies uno a uno. Al terminar les comentó que lo que había hecho con ellos, debían hacerlo unos con otros, siendo siempre serviciales.